

## Ediciones de Intervención Cultural

---

Dimensiones de la democracia económica

Author(s): Albert Recio

Source: *Mientras Tanto*, No. 79 (Invierno 2001), pp. 19-40

Published by: Ediciones de Intervención Cultural

Stable URL: <https://www.jstor.org/stable/27820518>

Accessed: 15-02-2022 08:17 UTC

---

JSTOR is a not-for-profit service that helps scholars, researchers, and students discover, use, and build upon a wide range of content in a trusted digital archive. We use information technology and tools to increase productivity and facilitate new forms of scholarship. For more information about JSTOR, please contact [support@jstor.org](mailto:support@jstor.org).

Your use of the JSTOR archive indicates your acceptance of the Terms & Conditions of Use, available at <https://about.jstor.org/terms>



JSTOR

*Ediciones de Intervención Cultural* is collaborating with JSTOR to digitize, preserve and extend access to *Mientras Tanto*

# Dimensiones de la democracia económica<sup>1</sup>

ALBERT RECIO

## 1. Los problemas de la democracia económica

La aspiración a la democracia económica, a la participación del conjunto de la población en la toma de decisiones que influyen en sus condiciones de vida, ha sido una de las ideas básicas de buena parte del pensamiento utópico moderno. La misma ha tomado formas diversas y fundamentalmente se ha polarizado en dos ideas alternativas: la planificación democrática y la autogestión. La primera apunta hacia un modelo de organización global de la sociedad mediante un plan central que fija las principales decisiones productivas por medio de un proceso democrático. La segunda plantea la participación democrática en la gestión directa de las empresas y organismos en los que las persona realizan su actividad laboral.

Aunque en ambas propuestas laten las mismas ideas de fondo -el derecho de las personas a decidir sobre sus propias vidas, a influir sobre decisiones que afectan directamente a sus condiciones de vida y de trabajo- a menudo se han planteado como propuestas alternativas, cuando no directamente enfrentadas. Mientras que la planificación democrática apunta a la eliminación del mercado como eje de la organización productiva y se asocia al fortalecimiento de algún modelo de organización estatal, la autogestión en el ámbito de empresa es compatible con el mantenimiento de la empresa individual y el mercado

---

1. Esta ponencia ha sido escrita para las «Jornadas de Debate sobre la Democracia Económica» organizadas por la Fundación de Investigaciones Marxistas los días 17 y 18 de noviembre en Madrid. Agradezco el empeño de Daniel Lacalle y Armando Fernandez Steinko en impulsar este debate, así como los comentarios realizados por Alfons Barceló, Xavier Pedrol, Enric Tello y varios participantes en las jornadas. Por supuesto ninguno de ellos es responsable de los fallos e inexactitudes del papel.

(por más que la misma sea un modelo de empresa diferente al de la empresa capitalista clásica). Una diferencia que fácilmente se traduce en polarización de posiciones, como la que ha separado a las corrientes marxista ortodoxa y libertaria como extremos entre los que se inscriben muchas de las posiciones que se han formulado en el pasado. A pesar de que el debate ha sido a menudo muy agrio, ambas propuestas tienen que hacer frente además a las críticas que parten del campo capitalista. De aquellos que consideran al mercado como espacio «casi natural» de regulación social. Tienen que responder también de los estudios críticos sobre las experiencias concretas de organización no capitalista de la sociedad. Todo un vasto campo de aportaciones que si bien en muchos casos contienen elevadas dosis de apología del capitalismo deben ser tenidas en cuenta por que a veces contienen indicaciones que permiten pensar los viejos proyectos bajo una nueva perspectiva. En las líneas que siguen trato en primer lugar de situar las críticas principales a ambas propuestas (secciones 2 y 3), para discutir a continuación las ideas que considero útiles para volver a plantear el tema (secciones 4 a 6), y por último, reflexiono sobre las mejores formas de abordar el tema en el momento presente (sección 7). Debo advertir que el texto está redactado en un plano bastante abstracto y que pasa por alto otras muchas cuestiones que afectan a cualquier modelo alternativo. Particularmente la cuestión de la propiedad. Por razones de espacio y precisión me concentro en los aspectos de coordinación y participación en la toma de decisiones. Considero que tratar todos los temas a la vez es la mejor forma de confundirse, aunque por supuesto en la elaboración de un proyecto real deban tenerse en cuenta muchos más elementos y buscar un buen ensamblaje de todos ellos.

## **2. Los límites de la planificación democrática**

Entiendo por planificación democrática aquel proceso de participación social del conjunto de la sociedad en la elaboración de un plan económico, esto es, de una previsión detallada de las actividades económicas que van a emprenderse en un periodo dado de tiempo y elaborado con anterioridad a su realización. Esta idea ha sido sometida a una serie de críticas que estimo relevantes (Nove, 1983). Fundamentalmente, por la dificultad real de llevar a término un proceso de decisión social que atienda a las mil y una variedades productivas que habría de caracterizar cualquier sociedad compleja que una persona puede pensar como modelo de futuro. Estas limitaciones son diversas.

En primer lugar, la farragosidad y lentitud de todo el proceso. Una planificación desde la base comporta un proceso que empieza por abajo, determinando de forma detallada las necesidades y discutiendo a una escala cada vez

mayor su priorización, las formas de satisfacerlas, etc. Aunque fuera posible establecer este tipo de planes, habría después que hacerlos efectivos, lo que supone iniciar otro farragoso proceso para determinar la parte que llevará a cabo cada unidad productiva, cómo se relacionarán éstas entre sí, etc. Respecto a esto, los análisis de los críticos de la experiencia soviética resultan aleccionadores y no pueden ser pasadas por alto. Considero que esta dificultad proviene básicamente de los problemas de dimensión: una planificación centralizada de cualquier nación (a menos que se trate de un territorio poblacionalmente diminuto) requiere tal variedad de decisiones y afecta a un número tan grande de personas que su elaboración, si se quiere verdaderamente participativa, supone un enorme esfuerzo de movilización y participación. Lo que un economista convencional llamaría «costes de transacción». Unos costes de gestión que superan con creces las posibilidades reales de la mayoría, si no todas, las economías nacionales concretas y que explican parte del empantanamiento productivo de los países que practicaron un modelo de planificación burócrata.<sup>2</sup>

Un segundo problema, asociado al anterior es el de la capacidad de cada persona de participar adecuadamente en la toma de todas y cada una de las decisiones relevantes. Como han indicado algunos conspicuos científicos sociales la capacidad de tratamiento de la información que tiene cada persona es limitado y si le damos más cantidad de información a menudo le colapsamos (Simon, 1983). Como subrayó un conspicuo economista crítico (Lavoie, 1992) si uno va a un restaurante con una carta muy extensa suele acabar pidiendo asesoramiento al camarero. Pensar en una planificación democrática integral supone considerar posible que las personas son capaces de decidir, periódicamente y de forma consciente, entre todas las múltiples variaciones que pueden introducirse en un determinado sistema productivo, algo que presumo poco realista. La misma crítica que se hace a la base psicológica que sustentaría la posibilidad de una planificación democrática integral es la que se realiza a los que defienden que el funcionamiento normal del mercado puede expresar simplemente las preferencias y gustos de las personas y que si estas son libres están en cada momento en condiciones de determinar con precisión que es lo mejor para ellas en cada momento. Resulta evidente que la forma más fácil de pulsar una opinión colectiva es cuando se hace en forma de elección entre dos opciones, siempre que éstas hayan sido aclaradas convenientemente. Pero ésta es una fórmula que no permite muchos matices y

---

2. A menudo se pasa por alto que las razones que explican la imposibilidad de llevar a término una planificación económica integral, son de índole parecida a los problemas que tendría una economía que pretendiera funcionar atendiendo al modelo ideal de economía de mercado sugerido por los modelos de equilibrio general, con mercados que establecen el precio de equilibrio con anterioridad a la producción.

que no es posible aplicarla tal cual cuando se trata de discutir un proyecto global, como es el caso de un presupuesto público estatal o el plan de producción de un país. Tampoco es pensable un sistema de referendos continuados para cada cuestión, tanto por los costes y dificultades de llevar a cabo una «movilización permanente» de la ciudadanía,<sup>3</sup> como porque un proceso secuencial rompe con la idea de plan, de decisión central que organiza todo el proceso productivo.

Una tercera cuestión, quizás no tan crucial como las dos anteriores pero igualmente importante, es la que se refiere a la forma de tomar las decisiones. Una planificación democrática que admita alternativas podría dar lugar a un referéndum final entre varios proyectos, del cual resultara elegido el más votado. Quizás lo más sencillo fuera votar entre dos planes alternativos. Pero esto puede tener el mismo problema que tienen las votaciones a partidos políticos, en las que se vota a una opción en conjunto, sin matices, por más que una parte de su programa nos parezca muy malo o quisieramos cambiar alguno de los candidatos de la lista por otro. La obsesión por votar el plan mejor, por utilizar la regla de la mayoría como fórmula única de decisión puede orillar cuestiones importantes que afectan a un sector relevante (aunque reducida) de la ciudadanía que no ha sido capaz de incluir sus propuestas en el paquete ganador. O simplemente olvidarse de los aspectos buenos de los proyectos perdedores. Obviamente se pueden introducir medidas correctoras del proceso de votación pero ello nos retrotrae al problema de la farragosidad ya comentado.

### **3. Los problemas de la autogestión**

El reconocimiento de estas dificultades es seguramente lo que ha llevado a plantear nuevas propuestas en clave de socialismo de mercado autogestionario.<sup>4</sup> La cuestión de la autogestión y el control obrero de la producción tienen una larga tradición en el pensamiento de izquierdas, alcanzando una cierta im-

---

3. Desde que leí a Hirschman (1970), me ha preocupado su anotación del carácter espasmódico de la participación política, formidable en determinadas coyunturas pero débil en otras en las que la gente prefiere dedicarse a sus temas cotidianos. Si bien es cierto que podría pensarse un modelo social en el que la participación formara parte de las actividades cotidianas de la gente, no cabe duda que una proliferación excesiva de reuniones, mítines y votaciones puede acabar por pudrir esta participación. Una amenaza que gravita siempre sobre la izquierda participativa.

4. El trabajo más acabado sobre socialismo autogestionario de mercado es el de Schweickart (1993). Una propuesta de socialismo de mercado que no toma en cuenta los aspectos de la autogestión se halla en Roemer (1994).

portancia en la década de los sesenta. A diferencia de las propuestas de planificación democrática que estaban asociadas a una estatización o socialización del conjunto de medios de producción de un país, muchas de estas propuestas nacían como iniciativas desde la base, orientadas a ampliar el control de la población trabajadora sobre sus condiciones de vida.

Aunque entre las distintas propuestas subyacen importantes diferencias, existe entre ellas un nexo común que es el de la participación de la población trabajadora en la toma de decisiones económicas. Una idea básica que se traduce en respuestas diferentes según el grado de intensidad de esta participación. Considero que estas respuestas pueden agruparse en tres variantes básicas: control pleno de la actividad de la empresa por parte de los trabajadores (autogestión), participación en plano de igualdad con la empresa (cogestión o capitalismo participado), y derecho de propuesta y veto por parte de los trabajadores sin participación directa en la gestión (control obrero). Las fórmulas en las que pueden concretarse estas modalidades son numerosas y expresan grados mayores o menores de poder obrero, formas más o menos participativas de representación, etc. pero creo que éstas se mueven alrededor de estos tres polos. Sólo la primera de las fórmulas está claramente asociada a una alternativa al capitalismo, en el sentido de la eliminación de la propiedad capitalista de los medios de producción, o cuando menos, de la eliminación de la prerrogativa de los propietarios de estos medios de controlar el proceso productivo. Se podría pensar en una sociedad donde persistiera la propiedad pero donde los capitalistas fueran meros rentistas, pero estimo que es una situación muy inestable por cuanto es difícil que los propietarios confíen en que otras personas harán un uso adecuado de sus propiedades - algo que ilustran los numerosos avatares de las relaciones de propiedad agrarias.<sup>5</sup> En cambio tanto la cogestión como el control obrero entrañan el mantenimiento de la propiedad capitalista tradicional aunque introducen limitaciones a la misma.

Voy a centrar mi discusión en la autogestión, que constituye sin duda la cuestión central a debatir como alternativa al capitalismo. Ello no supone dejar de considerar la importancia de las fórmulas de cogestión y control obrero como posibles alternativas de transición, pero es evidente que las mismas se plantean en el contexto general de una economía capitalista «normal».

La propuesta autogestionaria pretende resolver a la vez dos cuestiones diferentes. Por un lado, se plantea como una fórmula que trata de preservar los

---

5. Considero en cambio que el pago a las rentas del capital no debería descartarse como una fórmula de transición orientada a neutralizar las resistencias sociales a cambios radicales en las formas de gestión económica de la sociedad, tal como sugiere Schweickart.

aspectos más positivos de las economías capitalistas: innovación tecnológica y de producto, capacidad de atención a las necesidades manifestadas por los consumidores, presión externa a las organizaciones a través del mercado, etc. Y por otro, asume la necesidad de una democratización social que permita a los trabajadores controlar sus propias condiciones de trabajo, lo que eliminaría algunos de los efectos más desastrosos del capitalismo: no parece esperable que en una sociedad autogestionaria la gente fuera a propugnar su autodespido ante caídas temporales de la actividad, votara por introducir condiciones de trabajo insalubres y demás cosas por el estilo. Como ha subrayado Schweickart (1993) deberíamos esperar que una economía autogestionaria tendiera a una cierta autocontención en la medida en que los mismos que toman las decisiones van a ser en muchos aspectos los afectados por ellas, lo que no ocurre en la empresa capitalista típica.

El modelo autogestionario basado en algún sistema de organización construido desde la base por los propios trabajadores puede aplicarse tanto a organizaciones mercantiles como no mercantiles. Seguramente es bueno pensar en ambos espacios por separado, aunque algunos de los problemas son comunes.

#### **a) Autogestión en un contexto mercantil**

En el caso de la organización de la actividad productiva autogestionaria coordinada a través del mercado, sus principales problemas son los mismos que han detectado los críticos del capitalismo (o los meros estudiosos de los «fallos de mercado»), aunque posiblemente algunos de estos problemas aparecen con menor fuerza en el caso de empresas orientadas exclusivamente al lucro de los capitalistas.<sup>6</sup> La imagen idílica del modelo parte de concebir una economía organizada a través de una pluralidad de unidades productivas especializadas, coordinadas entre sí por medio del mercado y utilizando sus mecanismos para orientar su actividad. Esta imagen sin embargo pasa por alto algunas cuestiones importantes que pueden dar lugar a un mundo menos deseable de lo previsto:

- Aunque es obvio que en el capitalismo existe tanto una fuerza estructural como un cuadro valorativo que empuja a los empresarios a acumular, a concentrar riqueza y expandir su poder económico, no resulta claro que unidades de productores libres no acaben por promover este mismo tipo

---

6. Una visión general de estos problemas puede verse en Shotter (1985). Como también han reflejado Tarling y Wilkinson (1987) el éxito de una unidad aislada puede deberse tanto a su eficiencia en procurar el bienestar social como a su habilidad por cargar costes al resto de la sociedad. En otro plano resulta también estimulante la lectura de Ovejero (1994).

de modelo. Pues aunque no se les permita acumular propiedades es posible que el crecimiento del propio grupo (lo que posiblemente lleva aparejado un cierto proceso de diferenciación social interna, aunque sólo sea en el plano de las jerarquías) sea considerado un valor en sí y acabe reproduciendo procesos de concentración importantes. Si bien puede ser aceptable un cierto nivel de desigualdades sociales, en aras a promover la laboriosidad y la innovación, no pueden despreciarse las tendencias de los pequeños grupos a comportarse de forma tan egoísta como los capitalistas individuales.<sup>7</sup>

- Más evidente aún es el hecho de que no todas las empresas, atendiendo a su especialización y a su posición dentro de procesos productivos específicos, tienen las mismas oportunidades de control económico. Algunas unidades pueden establecer posiciones de poder relativo frente a otras y conseguir una cierta posición de monopolio (algo que mostró en buena medida la experiencia autogestionaria yugoslava). Hay que ser muy inocente para creer que las actitudes egoístas van a desaparecer con un mero cambio de reglas de juego, y pensar que los pequeños grupos organizados tienden directamente al bien colectivo. Parece más realista esperar que un modelo de mercado por más autogestionario que sea tenderá hacia la jerarquización empresarial entre unidades con un distinto poder de mercado.
- Si además se tiene en cuenta que en una economía monetaria lo que cuentan son los costes e ingresos financieros, mientras que otros costes sociales son más difíciles de detectar, es bastante probable que las empresas autogestionarias incurran en el mismo tipo de problemas que las empresas privadas: externalización de costes sociales hacia el conjunto de la sociedad, tendencias a primar el reparto de rentas actuales frente a una gestión que prime el bienestar social a largo plazo, establecimiento de políticas para potenciar aquellas actividades o productos que resultan más beneficiosos para el grupo de trabajo, etcétera.

---

7. Las cooperativas de Mondragón que Schweickart cita como un buen ejemplo han acabado por introducir tanto la diferenciación entre cooperativistas y asalariados, como a crear filiales convencionales en numerosos países, convirtiéndose en uno de los mayores grupos multinacionales de origen hispánico: la Mondragón Corporación Cooperativa. Si bien su actuación merece un análisis más detallado y compasivo no parece que la autocontención sea una de sus virtudes. Sí es importante en todo caso subrayar que, a diferencia de la mayoría de grupos industriales privados, la MCC ha tendido a mantener más el empleo y a potenciar más el desarrollo tecnológico, lo cual hace pensar que mantiene alguna lógica diferencial.



Estos problemas no sólo tienen su origen en el posible carácter egoísta de los miembros de los colectivos de producción, sino también en la tendencia general que experimentan todas las asociaciones a perdurar y reproducirse. A perpetuar formas de actuación que les resultan beneficiosas. Los mercados reales están plagados de oportunidades desiguales, de información «imperfecta», que propician tanto la búsqueda de soluciones a los problemas como el aprovechamiento parasitario de soluciones de privilegio.<sup>8</sup>

#### **b) La autogestión en unidades no mercantiles**

No todas las unidades económicas están orientadas al mercado. No lo han estado nunca ni posiblemente lo van a estar, por más fuerte que sea la ofensiva neoliberal (Heilbroner, 1996). La mayoría de centros de trabajo públicos funcionan sin presión directa del mercado. En este sentido es allí donde parece más fácil implementar experimentos autogestionarios en la medida en que no existe la resistencia por parte de los capitalistas. Y algo de ello existe en algunas instituciones públicas. Mi reflexión en este punto nace de mi propia experiencia de trabajo en una Universidad pública que, al menos formalmente, se rige por una organización democrática con bastante parentesco a un modelo autogestionario.<sup>9</sup>

---

8. Estos problemas son detectables también en muchos movimientos de base. La práctica de oponerse a una determinada instalación molesta, pero considerada necesaria (como es el caso de los centros de atención a personas drogodependientes, los centros de tratamiento de residuos, etc.) forma parte de las contradicciones de los movimientos ciudadanos. Nada hace pensar que estas prácticas no se fueran a reproducir en las empresas autogestionarias.

9. El Departamento del que formo parte, y que es el que organiza la docencia de los profesores y la actividad investigadora (en suma, el que determina el núcleo central de la organización del trabajo) se organiza en torno a un consejo de Departamento del que forman parte todos los profesores funcionarios (catedráticos y titulares), más una representación generosa de ayudantes y asociados (aproximadamente el 50% de los mismos) del personal administrativo (1/3 del total) y algunos estudiantes. La elección del jefe de Departamento se realiza a doble vuelta: en la primera son candidatos todos los miembros senior y quedan eliminados aquellos que no obtienen un tercio de los votos (cada miembro de la Junta puede votar a tantos candidatos como quiera) y el equipo de Gobierno está formado por una parte del equipo propuesta por el director y una parte de miembros (3/7) elegidos en votación universal. Las Facultades en las que participo están controladas por Juntas en las que los estudiantes controlan un 50% de los puestos (y donde a veces consiguen imponer sus propias propuestas). Obviamente esta estructura formal se combina con «colegios invisibles» y estructuras de poder no democráticas (fundamentalmente algunos catedráticos tienen una red de relaciones que les da bastante capacidad de influencia, especialmente en la provisión de nuevas plazas), pero en todo caso estas jerarquías deben negociar de forma continua con las estructuras democráticas e incluso con cada profesor individual. La confección del plan docente, donde se prefigura el núcleo central de la actividad de cada profesor se elabora mediante una negociación individual en la que las preferencias de cada cual juegan un papel importante. Es posible que, por razones históricas, mi universidad sea un poco peculiar, pero creo que en parte se aproxima a lo que uno esperaría encontrar en un modelo autogestionario, fundamentado en organizaciones basadas en la participación universal.

Los problemas que se detectan en estas organizaciones sirven para pensar en lo que podría ocurrir con una generalización de dicho modelo.

El problema principal se plantea de forma distinta al modelo mercantil, aunque sus raíces son básicamente las mismas. Lo que falla en estos casos es lo que sí existe en las empresas mercantiles: presión exterior. En una empresa sujeta a competencia, su funcionamiento debe alcanzar un determinado nivel de eficacia so pena de quedarse fuera del mercado: si la empresa tiene unos niveles de ineficiencia que da lugar a unos costes de producción excesivos es posible que su situación financiera se resienta y las pérdidas lleven a la empresa fuera del mercado, si la empresa sirve mal a sus clientes, éstos pueden optar por buscar otros proveedores. Aunque, como ya se ha indicado antes, esta presión es menos fuerte de lo que propugnan los manuales, resulta evidente que la competencia (la existencia de grupos alternativos que ofrecen productos y servicios parecidos) constituye un poderoso mecanismo de disciplina social y de acicate para la persecución de la eficiencia.<sup>10</sup> En las organizaciones no mercantiles a menudo esta presión no existe y su ausencia se traduce en un relajamiento que tiene efectos negativos para el conjunto de la sociedad. Estos efectos son tanto mayores cuando mayor es el estatus social de las personas que forman parte de estas organizaciones. Es evidente que una parte del éxito de la crítica neoliberal a lo público se ha basado precisamente en la denuncia del relajamiento que a veces se advierte en muchos organismos públicos, donde el estatus funcional convierte el servicio más en derecho del funcionario individual que en una organización de la colectividad. Aunque puede aducirse, con razón, que la crisis de los servicios públicos puede explicarse por las políticas de recorte financiero y de apoyo al sector privado, no puede omitirse la importancia que tiene este factor de relajación. En algunos casos, el desarrollo de la autogestión puede ampliar estos efectos, al aumentar las prerrogativas y la legitimación de los trabajadores públicos frente a la sociedad. Un peligro existente si las propuestas de participación autogestionaria sólo avanzan en el sector público.<sup>11</sup>

---

10. Otra cosa es definir la eficiencia. Es diferente ser eficiente en la obtención de beneficios que en la satisfacción de necesidades sociales. Pero resulta bastante claro que las empresas exitosas son las que en muchos casos las que son capaces de llevar a cabo una actividad en unos términos que satisfacen las demandas de sus clientes.

11. No abordo la cuestión de la principal organización extra-mercantil: la producción doméstica. En este caso el resultado de la peor o menor eficiencia productiva recae sólo sobre el propio grupo, por lo que los problemas de ambos modelos no tienen aquí mucha importancia. La cuestión crucial de democracia en la unidad familiar es la del poder patriarcal y la división de roles que da lugar a una muy desigual distribución de trabajo entre hombres y mujeres. Cualquier propuesta democrática al respecto pasa por alterar los derechos y valores sobre los que se asienta esta desigualdad.

En cierta medida este problema es parecido al de la autogestión mercantil. La posibilidad de los pequeños grupos organizados de utilizar de forma particular su poder relativo a expensas de la sociedad, aunque las manifestaciones del problema sean en cada caso diferentes. En definitiva las propuestas autogestionarias están abiertas a tantas críticas como la planificación democrática. Por esto creo que una propuesta realista debe partir tanto de modelos generales como de propuestas concretas que combinen diferentes modelos organizativos para resolver cuestiones específicas.

#### **4. La búsqueda de modelos mixtos I: Democracia y nuevos modelos de organización empresarial**

Del análisis anterior se desprenden dos aspectos problemáticos que generan complicaciones a las dos grandes propuestas de participación democrática. En un caso se trata de un problema de escala; en el otro de un problema de interés particular, no sólo entendido como búsqueda de una posición de privilegio, sino también como una cuestión de miopía a la hora de impulsar actuaciones que tienen efectos sociales más amplios que los de la propia organización. Una alternativa viable debe por tanto tratar de orillar, neutralizar y hacer frente a estas cuestiones cruciales. No sólo en el plano teórico abstracto sino tratando de indagar en la realidad social qué pistas nos pueden indicar alternativas viables.

En primer lugar, centraré mi atención en el mundo de la organización empresarial y en sus líneas de transformación. Al fin y al cabo las ideas organizativas que sustentaron el modelo de planificación burocrática tenían como referente la gran empresa capitalista surgida a finales del siglo XIX y que constituyó, y en parte constituye, un modelo viable de organización social (otra cosa es que sea deseable o que no pueda estar cuestionado por un modelo mejor). El modelo de organización hipercentralizado no sólo ha sido cuestionado en el caso de la planificación soviética, sino que también la gran empresa capitalista ha experimentado problemas. Y la reorganización que este tipo de empresas está experimentando proporciona, a mi entender, algunas pistas de cómo construir una alternativa.

Las razones que están llevando a las grandes empresas desde un modelo hipercentralizado de organización a un modelo reticular en el que la organización central se constituye como el nexo de unión de una enorme cantidad de unidades empresariales autónomas (subcontratistas, centros de investigación, empresas mixtas con el sector público o con otras empresas privadas) o semiautónomas (unidades de la propia empresa que adoptan una relación formalmente mercantil con el centro) son diversas. Algunas obedecen clara-

mente a un proyecto de fraccionamiento social de la clase obrera y a la posibilidad de reducir costes de producción mediante el recurso a todo tipo de mecanismos de fuerza y discriminación. Pero otras obedecen a cuestiones más complejas y que tienen mayor interés investigar.<sup>12</sup>

Una parte del modelo reticular puede explicarse como una respuesta empresarial a los límites de un modelo productivo basado en la extrema fragmentación de la actividad laboral, en el uso de sistemas de control semipoliciales y frente a la burocratización de las jerarquías organizativas. Los capitalistas también saben que la implicación intelectual de los trabajadores es necesaria para el éxito de muchas actividades productivas. Que estas requieran interrelación y cooperación entre diversas personas y una cierta capacidad de autoorganización del propio proceso. En todo caso así se desprende de la experiencia que muestran algunos de los modelos productivos más eficaces. La organización reticular permite resolver en parte esta situación por cuanto favorece la creación de unidades de tamaño medio —donde es posible desarrollar equipos de trabajo autónomos, sentimientos de pertenencia, etc.— así como su control a través de medidas externas en forma de fijación de precios, de plazos de entrega, de condiciones técnicas, etc. Posibilita, incluso, aplicar diferentes formas de organización en diferentes partes del proceso productivo, atendiendo a las características específicas de cada caso. Ello explica que en cualquier análisis detallado de los procesos laborales actuales se observe en áreas diferentes de un mismo proceso productivo, espacios donde siguen dominando los viejos sistemas de organización taylorista (o, simplemente, de control individual tradicional) con grupos de trabajo donde se deja a sus miembros bastante libertad para organizar su actividad, promoviéndose la cooperación y el trabajo en equipo.

No pretendo edulcorar esta situación ni presentarla como un ideal. Es evidente que en estas redes productivas florecen las desigualdades extremas, la precariedad laboral y la fragmentación social. Trato simplemente de subrayar que no todo es negro en el modelo y que proporciona una serie de elementos dignos de atención, aunque sea para «darles la vuelta». Desde mi punto de vista hay varias cuestiones relevantes al respecto:

- En primer lugar muestra que es posible coordinar centralmente una larga serie de actividades complejas sin caer en un modelo burocrático excesivamente pesado y sin tener que organizar completamente desde arriba todas y cada una de las tareas de la base. Una parte importante del control se establece por mecanismos mercantiles y de «fin de proceso»: fijando a cada unidad objetivos y condiciones a cumplir.

---

12. El análisis de este modelo de organización empresarial se halla desarrollado en Recio (2000).

- En segundo lugar las unidades de base tienen una cierta capacidad de autonomía que les da un margen de autoorganización, aunque esta es llevada a cabo por diferentes actores, desde verdaderos grupos cooperativos hasta empresarios individuales que establecen las condiciones de trabajo al resto de sus empleados.
- Es realmente factible que existan aspectos de autoorganización en algunos nódulos de las redes productivas, los cuales se muestran en muchos casos superiores a las formas tradicionales de organización a la hora de promover la cooperación humana y la calidad de la actividad productiva (incluyendo por supuesto los servicios).
- En definitiva el modelo apunta a que es posible desarrollar formas organizativas que hacen compatibles la centralización de los aspectos cruciales de un determinado proceso y la autonomía de las unidades básicas. Permite pensar en formas organizativas que incluyan ciertas dosis de planificación central de los procesos productivos con determinados grados de autonomía y autoorganización de las unidades básicas.<sup>13</sup>

Es evidente que hoy por hoy no se trata de un modelo deseable. Más bien, al contrario, representa un modelo que refuerza el poder de los grandes centros, salvo frente a determinados grupos profesionales que controlan determinadas fases del proceso productivo y que pueden forzar a negociar de igual a igual al centro. La cuestión estriba en si este modelo permite pensar en alternativas que potencien sus efectos positivos y reduzcan sus inconvenientes. Vale la pena apuntar algunas ideas al respecto:

- En primer lugar el poder de estos centros y su capacidad de discriminar en beneficio propio se basa en la explotación del diferente poder institucional que tienen distintos grupos sociales. Por ejemplo, las posibilidades de discriminación salarial que afectan a diferentes colectivos dependen, en el plano nacional, de la estructura de la negociación colectiva: si es muy centralizada y contiene una escala salarial muy estrecha (pocas diferencias de salarios) las condiciones de trabajo no variarán mucho en las empresas subcontratadas. En cambio si la negociación se produce

---

13. Por poner un ejemplo: la construcción de un nuevo modelo de avión de transporte es una decisión susceptible de decisión democrática, incluso puede fijarse un presupuesto global del proyecto. Una vez tomada la decisión, la realización de un producto tan complejo puede encargarse a una agencia que tendrá como función articular una extensa red de subcontratas. Esta es más o menos la forma como hoy ya opera la industria aeronáutica europea (aunque sin duda hay un déficit de democracia a la hora de decidir si conviene un nuevo modelo de avión de combate). Sería factible organizar de forma autogestionaria las pequeñas unidades que acabarían por llevar a cabo el proyecto.

empresa por empresa y no hay normas generales, la empresa central puede abaratar costes externalizando partes de la producción a empresas con derechos laborales reducidos. En el plano internacional las desigualdades en legislación laboral, derechos sindicales y libertades políticas en general, producen ventajas aprovechables por los países centrales. Estas ventajas, sin embargo, pueden ser reducidas de forma importante mediante reformas institucionales adecuadas que establezcan derechos comunes a escala planetaria. Mediante cambios en las normas que tiendan a aumentar el poder social de los grupos periféricos frente al centro o con el establecimiento de normas generales (salarios nacionales, normas ambientales, impuestos generales, etc.) que permitan limar las posibilidades del centro de quedarse con una parte considerable de las rentas.

- En segundo lugar es posible pensar que las relaciones de poder podrían alterarse si el núcleo central de cada sistema productivo no estuviera formado por empresas capitalistas en busca del beneficio privado sino por agencias públicas y organizaciones sociales. Cuando se analizan los cambios en el neoliberalismo se observa el carácter parasitario de muchos de los nuevos grandes grupos, como es el caso de las operadoras telefónicas o las grandes constructoras; en gran medida meras intermediarias de una red de pequeñas empresas que son quienes realizan el proceso real en provecho del centro. Hay en unos casos buenas razones para defender la titularidad pública de los núcleos centrales de estas redes, bien sea por tratarse de «monopolios naturales» (estructuras integrales en las que la gestión unificada se acaba imponiendo, como es el caso de las redes eléctricas, las telefónicas, etc.) o en todos aquellos casos donde las grandes empresas acaban actuando como meros intermediarios y agentes financieros (como es posiblemente el caso de las grandes empresas constructoras). En muchos campos de actuación la planificación y la gestión unificada tienen realmente mucho sentido (Nove, 1989). Precisamente lo que permite la estructura reticular es hacer compatible la gestión organizada de las grandes líneas de actuación con la descentralización (y la organización autogestionaria) de las distintas fases particulares de cada proceso.
- Un modelo de este tipo contiene mecanismos de mercado. Las redes no pueden ser concebidas como un centro del que dependen directamente una serie de unidades, al estilo de los *kombinats* soviéticos. Las unidades empresariales autogestionarias deben ser realmente autónomas y capaces de relacionarse libremente con otras unidades. Las relaciones entre las unidades centrales y las unidades autogestionadas pueden realizarse a través de mecanismos de mercado, si por tales entendemos no los procesos de mercados que se enseñan en los libros de texto, sino la variada gama de relaciones existente en los sistemas capitalistas reales: contratos a largo plazo,

asociaciones para objetivos limitados, acuerdos de cooperación para fines específicos, etc. Un entramado de relaciones que promueve la cooperación más allá de lo que encubre la idea de un mercado competitivo. La lógica de esta política supone que el centro tiene capacidad de proponer unas condiciones que fuerzan a las unidades independientes a alcanzar unas cotas de eficiencia (aunque éstas pueden venir expresadas en costes financieros o en otras medidas de eficiencia) pero al mismo tiempo las unidades de base tienen capacidad de maniobra para cambiar sus políticas, entrar en una determinada red o salirse de ella, buscar la cooperación con otras unidades, etc. Por ejemplo, una empresa autogestionaria de construcción puede participar en un proyecto desarrollado por la empresa pública de obras públicas u optar por trabajar en su propio mercado de construcción.

- Un supuesto que subyace a esta propuesta es que no todas las actividades económicas son iguales ni requieren el mismo grado de planificación y control vertical. En algunos campos existe una justificación clara para la centralización y la decisión centralizada: aquellos que requieren un intenso proceso de cooperación social (básicamente porque entran procesos productivos muy complejos y que mueven enormes cantidades de recursos productivos) o aquellos que tienen efectos indirectos muy importantes que exigen un control centralizado. Pero otros procesos que no tienen estas características, ya sea porque movilizan menos recursos o tienen efectos sociales más triviales, es mejor desarrollarlos mediante formas más descentralizadas, recurriendo a unidades autónomas que compitan entre sí o que desarrollen formas descentralizadas de cooperación. En el antiguo ideario de la izquierda había la idea de que toda la producción capitalista se orientaba hacia la producción en gran escala. Hoy resulta evidente que, si bien la producción en grandes series es habitual en muchos sectores, ello no es en absoluto universal. Y que subyacen muchas actividades que deben desarrollarse a niveles de pequeñas unidades. Aunque en algunos de estos sectores también aparecen grandes empresas, éstas tienen a menudo una actuación más parasitaria que promotora de la eficiencia (como puede ser el caso de muchas redes de franquicia en los servicios y el comercio, o las empresas gestoras de servicios descentralizado). En estos casos, pues, parece más justificado promover la demolición de estas estructuras parasitarias que su reforzamiento.

## **5. La búsqueda de modelos mixtos II: Nuevas fórmulas de participación democrática**

A pesar del discurso neoliberal, las sociedades avanzadas modernas mantienen importantes áreas de actividad en manos públicas y en ellas perviven

formas de planificación. La resolución de nuevos problemas sociales merece que esta área sea ampliada y plantea la necesidad de democratizar y hacer más participativa su gestión. Por ello resulta adecuado preguntarse acerca de qué fórmulas parecen más prometedoras para discutir esta gestión.

Pueden plantearse respuestas que no sean meramente abstractas sino que evalúen las experiencias presentes. Éstas apuntan a dos tipos de cuestiones diferentes: la escala de la planificación y el modelo de participación o planificación secuencial.

El primer aspecto ha sido, seguramente, objeto de mayores reflexiones ya que se trata de un viejo problema que atañe a la propia estructura de la mayoría de estados. Aunque muchas veces el debate sobre la estructura federal de los estados, el peso del poder político local, etc. se dan más en clave de lucha por el poder que de racionalidad social (como lo demostró el desmantelamiento de la organización municipal de Londres a manos del Gobierno de Margaret Thatcher) es evidente que bajo el mismo subyacen importantes problemas de racionalidad en la organización de las actividades sociales. Y por ello los procesos de participación democrática deben plantearse con relación a la escala de definición.

En una primera aproximación existe la clara tentación de reducir la cuestión a una mera descentralización hacia niveles locales. No cabe duda de que la participación es potencialmente mayor en escalas no muy grandes, pero la ideología de lo «pequeño es hermoso» deja fuera de perspectiva cuestiones importantes. Unas que afectan al poder: las unidades pequeñas (desde la familia patriarcal hasta la pequeña empresa o las comunidades rurales) no han sido tradicionalmente ninguna muestra de democracia real sino, más bien, todo lo contrario. Otras de índole sistémico: las pequeñas comunidades no son islas aisladas, sino que en muchos casos están conectadas de forma compleja con otras comunidades, de modo que parte de su vida no se entiende si no es en relación al sistema al que pertenecen. Por esto cualquier política de organización democrática debe tender a racionalizar las escalas de decisión, descentralizando al máximo aquellas cuestiones que sólo tienen impacto local y buscando fórmulas de organización racional de las cuestiones supralocales. Es, evidentemente, una cuestión que no tiene una solución fácil, pero que admite una reflexión sistemática que por una parte, seguramente conduciría a laminar la importancia de procesos de centralización que se explican por la lógica de la concentración de capital y del dominio de las grandes burocracias estatales, pero que, por otra, quizás también conllevaría el cuestionamiento de ciertas autonomías locales que expresan claramente los movimientos sociales tipo «nimby» (acrónimo inglés que significa «no en mi patio de atrás») que tanto proliferan últimamente y que se caracterizan por la



oposición al establecimiento de instalaciones que se consideran al mismo tiempo indeseables y necesarias en el espacio local.

La segunda idea a considerar es la de la forma de participación de la planificación secuencial. La idea viene del modo como se plantea el sistema de presupuesto participativo —desarrollado como modelo por la ciudad de Porto Alegre— (Genro y de Souza, 1999) y de la propia experiencia de algunos movimientos sociales. Estos modelos de participación eluden la discusión del conjunto del presupuesto y tienden a concentrarse en la inclusión de nuevas propuestas (por ejemplo, la definición de nuevos planes de inversiones). Supone una fórmula más realista de participación que la discusión general del «presupuesto» o del «plan», actividad que resulta imposible de entender a la mayoría de personas por la enorme dificultad de manejar miles de datos dispersos. Un modelo que puede perfeccionarse y resultar relativamente viable.

Cuando se analiza el sector público, o incluso una economía local o nacional o una gran empresa, es fácilmente reconocible que existe enormes inercias que marcan su devenir. Se trata de estructuras (equipamientos, personal, departamentos) consolidadas a partir de decisiones anteriores y cuya continuidad es más o menos automática. Las decisiones realmente importantes se encuentran en aquello que transforma estas estructuras, decisiones discretas que requieren una reflexión y que son, al mismo tiempo claramente identificables. La decisión de realizar una nueva inversión en equipamientos no sólo tiene efectos puntuales en el momento de la realización, sino que arrastra tras de sí efectos futuros (por ejemplo, construir un nuevo equipamiento supone generar en el futuro un gasto inercial en términos de funcionamiento y mantenimiento del mismo). Estas decisiones pueden ser tanto positivas, la realización de nuevas inversiones y actividades, como negativas, eliminación de aquellas que se han mostrado obsoletas o inadecuadas. Al fin y al cabo son estas decisiones discretas las que adoptan los altos ejecutivos de las grandes empresas o los mandos políticos. Se trata en este caso de favorecer su democratización.

El carácter discreto de estas decisiones favorece las posibilidades de participación en la medida que permite abrir un debate sobre cuestiones específicas. Incluso permite discutir sobre los límites presupuestarios de los cambios. Evidentemente, la cuestión de que el proceso sea auténticamente participativo depende de condiciones políticas específicas y de la creación de canales efectivos de participación. Una vez más la escala local resulta la escala en la que es más fácil poner en marcha este proceso. Pero precisamente su carácter discreto es el que también favorece la aplicación de fórmulas puntuales de participación social (referéndum, iniciativas legislativas, etc.) más amplias. Fórmulas cuya realización práctica debe plantearse sin demasiados prejuicios

a la vista de los problemas de participación que muestran las experiencias recientes de muchos países.

## **6. Democracia reflexiva y pluralismo organizativo**

Habitualmente, cuando se discute de participación democrática en la izquierda, el debate suele dirigirse a la elaboración de sistemas organizativos y fórmulas de participación que garanticen una implicación directa de la base sobre las decisiones fundamentales. Todas las organizaciones de izquierda suelen dedicar mucho tiempo a discutir la forma de elección de sus dirigentes, la composición de sus órganos directivos y, sobre todo en los últimos tiempos, la introducción de mecanismos de difusión de la información y de votación referendaria. Sin lugar a dudas se trata de cuestiones importantes que apuntan hacia la necesidad de amplificar los canales de participación y de limitar la discrecionalidad que tienen los dirigentes a la hora de adoptar medidas que puedan ir en contra de la opinión de los representados.

Estas mismas preocupaciones se transmiten al ámbito de las propuestas de democracia económica en sus diferentes acepciones. Los presupuestos participativos, los referéndum e iniciativas legislativas populares apuntan en esta dirección de bajar la toma de decisiones hacia la base. Las asambleas y la elección de directivos que son típicas de los modelos autogestionarios están en la misma dirección. Una dirección democrática en la que se acepta fundamentalmente que el criterio básico de decisión es el de la mayoría. Un criterio que admite variantes orientadas a modular el papel de la mayoría, bien sea forzando a la unanimidad o a mayorías cualificadas para cuestiones graves bien sea tratando de forma particular a minorías cualificadas. Pero en todo caso la raíz del modelo descansa en garantizar la adecuada transformación de las opiniones de la base en decisiones operativas.

Este modelo está abierto a una crítica que no debe pasarse por alto. Si aceptamos que estamos en un mundo con información imperfecta, formado por individuos que ni somos omniscientes ni completamente altruistas, la mera decisión referendaria no garantiza un tratamiento justo de los problemas. Algo que han aprendido algunos patronos cuando han puesto en referéndum propuestas de reestructuración de plantilla en las que se sabe de antemano quien conservará el empleo y quien no. Si la complejidad de la mayoría de cuestiones es creciente no parece lógico esperar que los meros procedimientos democráticos sean suficientes para desarrollar un buen modelo social. Ya me referí anteriormente a estos problemas al tratar de las limitaciones de los grandes modelos. La planificación democrática o el asamblearismo autogestionario pueden conducir a resultados indeseables si quienes votan están mal

informados, han reflexionado poco y muestran limitaciones a la hora de entender algunas cuestiones clave.

La superación de estos inconvenientes pasa por introducir una nueva dimensión en las propuestas de democratización: la reflexividad. Con ello pretendo poner de manifiesto que en el proceso de elaboración de decisiones colectivas tan importante es el mecanismo formal de decisión como el proceso de elaboración de estas decisiones. Un mecanismo que debe servir para a) mejorar el grado de información que tienen las personas implicadas sobre los condicionantes y los efectos posibles de sus decisiones y b) dialogar entre los diferentes puntos de vista en aras a acotar soluciones que mejoren el resultado, acotar las divergencias irreductibles o introducir mecanismos de supervisión de los procesos. Preocuparse tanto por la decisión como por la forma cómo se alcanza.

Un modelo de democracia de esta índole requiere a mi entender dos tipos de condiciones. De una parte, la introducción de una mayor transparencia informativa. Un tema particularmente importante cuando los procesos suponen importantes dificultades técnicas. La técnica es a menudo la coartada del autoritarismo, los intereses privados o la desidia del burócrata. Democratizar la información supone no sólo facilitar su acceso, sino también hacer público el debate técnico, formular equipos técnicos plurales que especifiquen acuerdos y desacuerdos y los razonen.<sup>14</sup> De otra, la aceptación de la pluralidad de sujetos sociales. Pocas actividades humanas tienen sólo un tipo de efectos y afectan a un reducido grupo de personas. Muchas actuaciones inciden en distintos campos de la vida social y son por tanto objeto de valoraciones diferentes. La mayor parte de decisiones productivas tienen efectos sobre la organización y división del trabajo, sobre la vida extralaboral de las personas, sobre el medio ambiente, sobre las condiciones de vida de personas no implicadas directamente en la producción, sobre la satisfacción de las necesidades sociales. Esta pluralidad de efectos se traduce en pluralidad de intereses, muchos de los cuales sólo pueden ser reconocibles si tienen capacidad de expresión autónoma. La construcción de una democracia reflexiva exige en este sentido la pluralidad de organización social, la sustitución de un único modelo de representación democrática vertical y su complementación con estructuras de intermediación que afecten a una pluralidad de actores socia-

---

14. En este sentido resultó aleccionadora la experiencia sueca de principios de los ochenta consistente en la creación de un instituto tecnológico que planteaba alternativas a las propuestas de cambios en la organización del trabajo realizadas por los empresarios. Se trataba de un derecho incluido en la negociación colectiva. Su fracaso fue el resultado de la presión combinada de la resistencia patronal y la propia burocracia sindical temerosa de ser superada por propuestas y actores más radicales.

les. Esta es en parte una de las mejores herencias de las sociedades capitalistas europeas maduras: la existencia de una multiplicidad de organizaciones que sirven para detectar problemas, para confrontar proyectos; que, en suma, modulan y transforman la mayoría de propuestas sociales.

Una democracia reflexiva debe por tanto organizar y alentar esta pluralidad de formas de representación, forzando que tanto los espacios de planificación pública como la actuación de las unidades de producción autogestionaria deban medir continuamente su intervención con demandas y denuncias que están fuera de su marco de relación.

Hay otra dimensión importante de estas instituciones y movimientos sociales que no están directamente implicados en la organización productiva pero cuyo papel estimo plural. El buen o mal funcionamiento social no descansa sólo en los sistemas de premios y castigos, de retroalimentación que tienen los distintos sistemas organizativos. La eficacia de los mismos descansa en las actuaciones de individuos y grupos, las cuales están influidas por los marcos de valores éticos y sociales con los que se miden. La construcción y legitimación de estos valores es un asunto complejo que no descansa en un mero adoctrinamiento (como muestra el clamoroso fracaso de la construcción soviética del «hombre nuevo»). Es posible en cambio que el discurso de organizaciones sociales diversas, constituya un poderoso acicate a la hora de producir valores sociales compartidos que tienen influencia sobre los comportamientos individuales.

Por último, cabe considerar la importancia que tienen estos procesos participativos con relación a las regulaciones públicas. Un modelo productivo que promueve más la autogestión de base y al mercado debe complementarse con una acción reguladora y fiscalizadora con el fin de reducir a los máximos los efectos negativos que generan los propios grupos autónomos. En esta tarea son tan importantes las normas, como las formas de participación que promueven su cumplimiento y los esquemas de valores que influyen sobre el comportamiento individual. El debate previo a la fijación de nuevas regulaciones, y la acción continuada de otros grupos sociales resultan por tanto elementos cruciales para garantizar que la organización productiva servirá al máximo los intereses colectivos.

## **7. ¿Existe alguna posibilidad de desarrollo de la democracia económica?**

A lo largo de todo este texto he adoptado un tratamiento abstracto de los problemas, suponiendo simplemente que se trata de sistemas ideales y pasando por alto la cuestión de la puesta en práctica. La claridad expositiva no

puede hacernos olvidar que de lo que estamos discutiendo es de una cuestión práctica, por lo que conviene interrogarse sobre su posibilidad efectiva de llegar a implantarse. Como norma general propondría renunciar a cualquier proyecto social para el que no se atisba ningún apoyo o tendencia incipiente en el momento presente, lo que no supone desprestigiar la importancia que puede tener la reflexión utópica. Esta puede ser siempre útil como forma de elaboración intelectual, como forma de crítica de la situación actual y como un mecanismo a partir del cual deducir propuestas viables; en suma, como «juego de pensamiento» que ayuda a explorar nuevas propuestas. Pero las transformaciones sociales viables son las que parten de procesos reales que pueden favorecer o torpedear, tener relación o no tenerla, con los proyectos utópicos elaborados por la mente humana. Procesos sociales que permiten seleccionar qué propuestas de cambio resultan o no viables en el espacio y el tiempo concreto en el que tiene lugar la acción política.<sup>15</sup>

Por lo que atañe a la democracia económica, cabe preguntarse en qué medida en la situación actual existen demandas y procesos sociales que animan a pensar la posibilidad de abrir un camino en esta dirección. Una lectura superficial de la situación presente conduce a pensar que las demandas de democracia económica viven malos tiempos (de hecho uno de los efectos básicos del neoliberalismo ha sido acabar con sus posibilidades de desarrollo, y posiblemente incluso con elementos cruciales de la democracia política). Que el paro y la precariedad, el discurso del trabajo como un bien escaso, de la competitividad como centro de la política económica han limado tanto el papel de los asalariados que éstos ya no se ven capaces de reivindicar los derechos sociales más avanzados. Que el arrinconamiento creciente de los sindicatos les ha llevado a reducir sus propuestas de cambio. Que el fracaso de las economías soviéticas ha sepultado cualquier propuesta de planificación por muy democrática que se plantee... Pero por debajo de esta superficie tan pesimista siguen bullendo demandas democráticas de largo alcance que son a las que hay que dedicar a corto plazo mayor atención porque su fortalecimiento puede permitir recuperar demandas más consolidadas de democracia económica.

A pesar del ataque neoliberal, sigue persistiendo una poderosa corriente de demandas democráticas sobre la actividad del sector público. Demandas que no sólo atañen al papel del mismo como inversor y proveedor de servicios, sino también como regulador de la actividad privada. Unas demandas que se expresan de formas variopintas pero que mantienen abierta la posibilidad de seguir propugnando medidas de profundización democrática de los tipos plan-

---

15. Sobre esta cuestión de cómo pensar un proceso de transformación social son enormemente sugerentes las acotaciones de Harvey (1999-2000).

teados en los dos apartados anteriores. Se trata en este caso, de uno de los campos donde tiene más camino a correr la acción institucional de la izquierda en las distintas instancias en las que está presente (aunque posiblemente sea en el nivel local donde más posibilidades existen a corto plazo). De hecho es palpable que las referencias a la participación se formulan incluso desde posiciones políticas con escasa tradición participativa. Pero se trata de un campo prometedor que para consolidarse no sólo requiere la creación y refinamiento de los instrumentos de participación, sino también una reformulación del papel y las formas de actuación de las organizaciones políticas. Estimo que en este campo se juega una parte importante de las posibilidades de desarrollo de la democracia económica, por cuanto los éxitos pueden generar un efecto contagioso sobre otras áreas, al favorecer un proceso de pedagogía política, ciertamente arduo, y posibilitar nuevas demandas de participación. Se trata por tanto de una de las cuestiones cruciales sobre las que debe concentrarse cualquier organización de izquierdas que se precie de tal.

Si bien el campo de la empresa privada sigue siendo un coto privado a la democracia, alguna de las transformaciones en curso muestran la existencia de algunas fisuras, aunque sean muy pequeñas, en la ciudadela. La experiencia de la empresa-red incluye nuevos espacios de «autogestión limitada», los cuales casi siempre se encuentran en las fases de los procesos productivos donde los equipos de trabajo igualitarios resultan más necesarios para el éxito del proceso (actividades que requieren mucha cooperación, diálogo, y elaboración colectiva entre diversas personas). Y es que la aportación humana sigue jugando un papel crucial en todos los procesos productivos, y es mejor o peor en función del contexto social en el que tiene lugar. Cuanto más compleja es la producción, cuanto más necesaria es la interrelación personal, mayor importancia adquiere la cooperación participativa. Aunque muchas de las propuestas empresariales de «enriquecimiento del trabajo», «equipos de trabajo», «círculos de calidad», ... esconden meras maniobras del poder, en muchos casos reflejan también fórmulas de compromiso en esta dirección. El peligro mayor estriba, a mi modo de ver, en que estas prácticas se limiten a los empleados que ocupan lugares superiores en la red empresarial, al tiempo que refuercen las formas de gestión autoritarias sobre el resto. Esto es, que se profundice en la división social y algunas capas privilegiadas gocen de algunos niveles de «democracia económica» al tiempo que el resto sigue sumido en el abyecto mundo del autoritarismo empresarial. Por esto considero que la bandera de la democracia económica, aun en sus niveles inferiores de control obrero o cogestión pasa por reivindicar su extensión. Una reivindicación que puede ir asociada al desarrollo de prácticas laborales y productivas más eficaces socialmente y a la eliminación de las formas de producción basadas en el recurso al empleo precario. Es cierto que algunas propuestas empresariales

de participación buscan el objetivo opuesto, pero de lo que se trata es de superarlas con propuestas y estrategias orientadas hacia una extensión de la democracia laboral. Y en este sentido vale la pena realizar un balance de las experiencias que hasta ahora conocemos.

La democracia económica no es el presente. Pero es una vía que puede ensancharse si se cuidan y orientan los atisbos de democratización económica que hoy se detectan en el mundo real. Analizarlos, perfilarlos y mejorarlos forma parte del esfuerzo necesario para promover experiencias de participación que autogeneren nuevas demandas en el mismo sentido.

*Bellaterra, noviembre del 2000*

### **Bibliografía citada**

- GENRO, T. y de SOUZA, U.: *Pressupost participatiu: l'experiència de Porto Alegre*, Serbal, Barcelona.
- HARVEY, D. (1999-2000): «Los espacios de la utopía», *Mientras Tanto*, n°75 y n°76.
- HEILBRONER, R. (1996): *El capitalismo del siglo XXI*, Paidós, Barcelona.
- HIRSCHMAN, A. (1970): *Voz, salida y lealtad*, Fondo Cultura Económica, Mexico, 1978.
- LAVOIE, M. (1992): *Foundations of Post-Keynesian Economic Analysis*, Edward Elgar, Aldershot
- NOVE, A. (1983): *La economía del socialismo factible*, Siglo XXI, Madrid, 1987.
- (1989): «The role of central planning under capitalism and market socialism» en ELSTER, J. y K.O. MOENE: *Alternatives to Capitalism*, Cambridge University Press.
- OVEJERO, F. (1994): *Mercado, ética y economía*, FUEM Icaria, Barcelona.
- RECIO, A. (2000): «Empresa red y relaciones laborales», *7ª Jornada Economía Crítica*, Universidad de Castilla la Mancha, Albacete
- ROEMER, J. (1994): *Un futuro para el Socialismo*, Crítica, Barcelona, 1995.
- SCHWEICKART, D. (1993): *Más allá del capitalismo*, Sal Terrae, Santander, 1997.
- SHOTTER, A. (1985): *La economía del libre mercado*, Ariel, Barcelona, 1987.
- SIMON, H. (1983): *La nueva ciencia de la dirección gerencial*, Ateneo, Buenos Aires.
- TARLING R., WILKINSON, F. (1987): «The level structure and flexibility of costs» en TARLING, R. (edit.) *Flexibility in the labour market*, Academic Press, London.